

Abelardo Cárdenas

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

Abelardo Cárdenas (por Daniel Bernardo Grimberg)

Esto sucedió en Ciudad de México durante un poco refinado efecto del tiempo.

Entre los símbolos que fatigaron su existencia estaba el de esa malquerida mujer: Isabel Lasaras.

Cuando ascendió al podio con sencillez y candor cómo si este fuese la rumbosa cumbre de su vida, Abelardo Cárdenas oyó junto a diáfanas dedicatorias, al sonido alabador de quienes lo amaban, y comprendió que el estar ahí era el centro gravitacional de lo que constituía su Obra.

Ahí no se perpetuaban espectrales presencias ni el apogeo del caos.

Sin embargo, la lección que les dará será un embuste de unos minutos, como el polvo que se acumula en el rugoso tacto de los muros... meras palabras que se escurrirán de su memoria para formar valientes frases.

Una ayuda que les proveerá con lo que parecerá una esencial teología.

Antes de parafrasear lo elemental, Abelardo Cárdenas filtró de las vibraciones cósmicas al sonido lejano de una voz, y recordó a la mujer qué con oculta destreza, lo hizo esconderse y trabajar entre penurias.

Ese oculto regaño lo movió a sonreír; citó un prefacio con un alto grado de satisfacción, y sin falsas modestias se sintió un privilegiado.

Con imparable franqueza relató como Isabel Lasaras había dicho qué las revoluciones fueron actuadas por individuos que cristalizaron un desdén superior por la humanidad.

Había habido una feliz profundidad en sus valoraciones y no le importó que estas oscilaran entre lo claro y rebuscado.

No supo por qué, pero ese dictamen lo enamoró.

(Tanto trabajo y maestría para caer bajo los hechizos de una mujer que se

propugnaba omnisciente).

Contó que por ella tomó un tren ficticio que lo convirtió en un ser desintegrado, un salvaje que no supo especular, y se deformó en una soledad ampulosa que abarcó la indefensión y la nostalgia.

No se trató de una única devastación, sino pequeños jirones de su vida que caían al suelo.

Durante esa hora frente a la audiencia, Abelardo Cárdenas entendió que en la sabia interpolación de esos misterios estribaba su actuación.

Su existencia se enrollaba en su voz, su certidumbre era la de abocarse a una narración y escaparse de sí mismo.

Su confianza aumentó entonces y dijo:

-"Julio Barov esperó en la amplia sala, aguardando junto a un policía que traía un despachado mensaje, crucial en aquel momento en el que creí que se incendiaron mis últimos recursos".

Eso fue una anticipación.

No hizo conexiones con otros personajes, sólo la recolección que hacía la memoria de pasados insinceros.

Cerca de la plataforma de descenso del ferrocarril estaba Isabel entre los triviales, los dedicados a volver a sus hogares con pies que parecían forrados en plomo, con angostas pasiones.

Sus silencios hacían referencias a un universo lleno de rigores.

La meta de Abelardo era apenas la de sobrevivir conservando métodos aceptables, por lo que se movió como lo hace un perro en una plaza.

Efectuó algunas repeticiones benévolas, intentó concederse una auténtica credibilidad.

Pero estuvo ausente y vacilante, y lo siguió estando cuando se adentró en la desenfrenada rutina de la gente.

Era uno más que se asociaba a las muchedumbres con la creencia que así no se perdería.

Desde lejos el reloj marcaba sus pasos rondando en la estación, cuándo en un momento brusco y alegórico entendió que la rapiña emocional que

le había hecho Isabel no obtendría cese.

Había sido orientado por su atracción hacia ella, y eso no fue una descerebrada especulación, sino la admirable posibilidad que se le había dado.

La vio ahí con su avaricia, sus latidos y su voz inexpugnable; contestando, sonriendo, estableciendo designios que se perdían en el vocerío general.

Estaba muy bella y a contracorriente... como si fuera la única fuente veraz de los sonidos y el silencio.

Fijó su vista con mucha firmeza en rasgos de esa hermosa mujer que eran de barro y no de fina cerámica.

(Detrás de las apariencias habría un mundo real si se podía echar una mirada transversal y vinculante).

La encontró conversando en ese café con dos o tres amigas, tal vez impeliendo razones para festejar algo dentro de ese sector apacible de la estación del ferrocarril (más adelante Barov estirará el cuello para decretar que ese encuentro fue casual y no algo extrañamente compulsivo).

Su propuesta era que había que entender que no había habido intenciones planeadas con anterioridad.

Isabel Lasaras dijo que vio a Cárdenas con todas sus miserias, con su creencia que siempre saldrá ganador:

“Que se levantará triunfal para proseguir con metas que no estaban a la vista de todos”.

Esa línea de su pensamiento fue marcada por su experiencia vital que nunca habría creado versiones ingenuas.

(Eso también fue lo que Abelardo Cardenas confesó en un obvio ademán defensivo).

Esa simultaneidad se habría tratado de un típico problema de predestinación.

Frente a su audiencia, Cárdenas ironizó que incluirán dentro de un perímetro de restricción a quienes por alguna suspicaz falta perdieron de vista a los amaneceres, y al hablar entre ellos soltaron palabras de crueldad.

Ellos quedarían protegidos de sus intereses secretos de acuerdo a nobles estatutos.

En aquel principio habrían escogido mal entre innumerables caminos y posibilidades.

Volvió al eje de su narración:

"Con severidad me aleje entre las malezas de gentes, dentro de ese bullicio que era contrario a cualquier decisión errónea o alocada que estuviera dispuesto a llevar a cabo.

Pero pronto comprendí que el incesante martilleo de los trenes había dejado de ser neutral, y los que estaban cercados por las vías eran cobardes y también potenciales enemigos.

Supe que alguno señalaría mi identidad de un minuto a otro, ya que entre los buenos siempre hay abundantes malos, y qué mi coraje claudicaría en el mismo horario en que los demás llegarían a sus hogares".

El escritor reparó en esas cuestiones sociales, y no lo hizo como un vano erudito, sino como un sujeto demacrado.

No desmintió el terror ingrato que le propuso la llegada de Barov, horas después, porque conocía de sobra las elocuencias de ese abogado quien amonestó a un fiscal y hasta a un juez, luego de echarles miradas rutilantes.

Había hablado con altivez del Bien y la ética.

(Ese inútil recuerdo aún lo agitaba).

Abelardo, que se había sumergido en los débiles hitos de los andenes, sintió que sus piernas perdían entereza y que casi trastabilló, o que el éxito de su huida sería corrido por el fracaso que se avecinaba con mayor vehemencia.

Tuvo la sensación que había caído en una trampa y se había puesto en evidencia a través de una nefasta debacle.

Ahí nomás la policía lo detuvo, antes que pudiera indagar en la posibilidad filosófica de su muerte, es decir: en examinar su alma.

Había sido rodeado por un exceso de imágenes que fue incapaz de dominar cuando sólo había sido un hombre inquieto e infeliz.

Y ahora contaba que el número del andén en que lo atraparon fue el

nueve.

Él paró en el mismo instante en que una voz fuerte se lo ordenaba.

No confesó a la audiencia que uno le pegó una patada en los huevos, ni la postración que de eso resultó.

(Había sido sólo una sutil instrucción para que mantuviera la guardia).

Por entonces su lugar era inferior al mundo que Isabel habitaba, ya que cómo musa inspiradora no había hecho bien su parte.

Por entonces el tiempo era una leve relación entre las tardes y las mañanas, y la ciudad un laberinto de calles con sucintas variedades de símbolos.

A la vera de las vías fue detenido como delincuente.

O un rezagado y apócrifo cuentista, uno que se contentaba con dar un tono sentimental a sus escritos.

En la comisaría apareció Julio Barov, hombre de engastada barba, anteojos cuadrados e insignes aptitudes, para ofrecer un rápido arreglo.

Este dijo con seguridad que lo que se veía, podía ser engañoso.

Cárdenas que era presa fácil del pánico (cómo lo es todo el mundo), detuvo su caminar en círculos y aceptó esa promesa con la esperanza que no se convertiría en miles de nuevas promesas más acuciantes.

Después recordó a ese semivacío pabellón en donde se consumieron las suelas de su calzado por lo mucho que raspó con sus pies al suelo, y voceó ideas que fueron inconexos aportes al plan trazado por su destino.

En la cárcel se protegió frente a los que se irradiaron con una indiscreción absoluta, a la par que redujo su habla a monosílabos perdidos.

Hizo todo lo indicado para hacer en esos casos:

Habló con su abogado y esperó mansamente.

Porque el camino que fue alegría en los primeros trechos se convirtió por obra y gracia de la noche, en un remedo de lo que fue.

A través de las sombras rotas de esa celda observó a algunos crisantemos.

Habían sido plantados en hondas macetas y eran lo único que podía ser tenido como concreto y real.

Finalmente oyó los gruñidos de apertura de la puerta de hierro que hizo sin misticismos el abogado Barov.

Y la violenta sacudida de Abelardo fue la exteriorización de su apaleado júbilo.

Isabel no almacenaba viejos rencores y retiró la denuncia.

No quería revisar esa controversia para no tener que recordarlo.

Abelardo Cárdenas había violado el perímetro de restricción impuesto por la Justicia, que era cómo de mil doscientos metros de donde se hallara su ex-mujer: Isabel Lasaras.

Si bien Cárdenas salió libre, desde entonces estableció a aquel encierro cómo una falla del sistema legal al asegurar que como individuo lo desproveyeron de sus garantías.

Lo que había ocurrido se trató de una necesidad o una contingencia:

No importaba.

Igualmente, ya no invitó más a Isabel a estrechar viejos recuerdos porque sería fulminado si hiciera algo así.

No hubo entre los dos más vorágines secretas o alterados desacuerdos, porque quedaron separados por la irrealidad, aunque él la siguiera imaginando (nunca nadie podrá aniquilar sus pensamientos).

Su aquiescencia a no verla más fue admirable.

Ya no pensó que Isabel Lasaras querría verlo porque su corazón seguía alborotado.

Como buen escritor que era, con fino humor, Abelardo leyó una cita que extrajo del libro que llevaba:

"En Aquitania los que erigieron grandes fortalezas fueron tragados por los mares, y quienes pretendieron la prosperidad fueron tratados con sorna y excomulgados".

Así dedujo que de alguna forma el orden estaba superpuesto a la noción de la locura.

Fin